

IDEAS y ARMAS

SEMANARIO DEL 163 BATALLÓN

-:-

41.^a BRIGADA MIXTA

Madrid, 7 de Agosto de 1933

Número 2

Medio millón de bayonetas españolas; dos millones de bayonetas chinas; muchos millones de corazones proletarios: He aquí el afianzamiento y la libertad de los pueblos

El fusil es tu mejor amigo, soldado; tenle siempre lo más limpio posible: de ello depende tu resistencia en el combate

EDITORIAL

Los dos elementos que acompañan al soldado del pueblo son el libro y el fusil. Por eso, al bautizar nuestro periódico con el nombre simbólico

IDEAS Y ARMAS

reflejamos el sentir de un pueblo que está dispuesto a implantar sus ideas de libertad utilizando las armas liberadoras.

En nuestras trincheras hay profusión de fusiles siempre relucientes, siempre limpios; no hay una sola chavola donde no haya un libro cuya lectura sea escuchada con avidez por todos los soldados. Y es, que el fusil y el libro tienen un alma que el soldado ha sabido comprender y asimilar; por eso nuestros soldados aman tanto a su fusil y acarician con tanto cariño sus libros.



MIS IMPRESIONES

Contadas por nuestro periódico:
«Ideas y Armas».

Por segunda vez, queridos combatientes, estoy en vuestras manos. He vuelto porque el primer día que me conocisteis me tratasteis bien, y quiero ser para vosotros vuestro mejor amigo en las trincheras. No puedo olvidar, cómo voy a poder hacerlo, la primera impresión de mi vida.

Primero formé parte de una resma de papel que estaba en cierto almacén de Valencia, desde donde fui trasladado a Madrid en un camión. Pasé a una imprenta, muy bien organizada, pero un poco sucia. Después me sentí presionado entre dos planchas. Cuando me sacaron, me encontré con que se había oscurecido mi vida; me asomé entre las letras y vi la luz, y me sentí contento, porque no hay luz que más alumbre y más beneficie a los ojos que las letras. En un gran paquete fui trasladado aquí, entre vosotros; al pasar por un lugar descubierto, me sentí oprimido por la impresión del miedo. Sobre mí pasó una bala sembrando pregones de muerte.

Pero me enfadó más cuando me vi maltratado por un soldado. ¿Por qué me ti-



ras?, le dije. Y me miró con desprecio. Pero al rato vino por mí, y me utilizó para... No sabía leer. No permitáis que en vuestro Batallón haya un solo soldado que no sepa leer y escribir.

Luego me alegró mucho poder servir de ayuda a los soldados. Uno me ponía debajo de una carta que escribía a su novia. ¡Qué cosas le decía! A otro le serví de almohada. El suelo estaba duro y podía haber bichos, y yo me alegraba evitando que picaran a nuestros valientes soldados; después me dobló cuidadosamente y me metió en su macuto.

¿Os ha gustado el dibujo de la portada? Es el pueblo destrozando a la serpiente del fascismo internacional que quiere apoderarse de España. Sois vosotros mismos que sabréis aniquilar al enemigo cada vez que pretenda romper vuestras líneas, y que sabréis vencerle como le habéis vencido hace pocos días, cada vez que el mando lo ordene.

Ya he visto que tenéis una fuente dentro de la trinchera. Cuidadla bien, que hace mucho calor.

He visto la trinchera muy limpia; pero un trozo no me gustó. Si cuando venga otra vez no está igual que lo otro, lo diré para que os avergoncéis los que no limpiasteis la trinchera.

No os digo más. Cada vez que venga, os traeré mis impresiones; pero con una condición: que vosotros, todos los soldados, me contéis la vuestra, que debe ser muy interesante. Salud y hasta pronto.

POR LA COPIA: «NONI»

Viviendo la guerra

Muchas son las enseñanzas que se deben recoger en la experiencia de nuestra lucha. Señalamos algunas de ellas, al parecer sin importancia; pero que adquieren un gran relieve en momentos de ataque o defensa.

Uno de los cuidados del soldado, para verse lejos de toda sorpresa, ha de ser mantener siempre limpio el mejor amigo de las trincheras: el fusil, que con tanto acierto denominaba Maikovski, el gran poeta ruso, el camarada fusil.

Esto no exige grandes cuidados, y uno de los medios más eficaces y también más sencillos para su consecución es tapar su boca con un papel que impida que entre tierra, causa de tantos accidentes, sin que esto sea obstáculo para hacer de vez en cuando—y comprender en esta palabra toda la regularidad que vuestro servicio os lo permita—una limpieza general y engrase del fusil. A este fin debéis tener en cuenta que a las partes metálicas se les pone, valiéndose de un trapo, una ligera capa de grasa o aceite, y, en caso de existir manchas en las piezas, se engrasan previamente para que se quite el moho, y si no salen se rascan con polvo fino de ladrillo; pero de lo que hay que huir, lo que no hay que utilizar, es el pulimentarlas con objetos duros, como tierra, piedra pómez, lija, etc. Esto en relación con el fusil; en cuanto al fuego ha de tenerse en cuenta un principio muy esencial, que muchas veces os llevan recomendando jefes y comisarios: El soldado no ha de tirar mucho, sino tirar bien; lo contrario conduce a un gasto inútil de municiones que puede beneficiar al enemigo. Por eso nuestra Compañía, consciente del deber que nos imponen las necesidades de la guerra, sabrá cumplir estas condiciones, ya que el Mando, con un alto sentido de lo que puede ser beneficioso a nuestra lucha, nos ha recomendado.

Cuando nuestro Batallón vino a este sector se encontró con una línea de trincheras mal arregladas y sin protección. Hoy—hay que decirlo alto—, merced a los desvelos de jefes y comisarios, y, sobre todo, al trabajo incesante entre guardia y guardia de nuestros soldados, podemos presentar unas trincheras bastante bien protegidas contra el fuego enemigo y limpias.

¿Hemos terminado con esto? No. De ninguna manera. Debemos darnos cuenta de que se ha hecho bastante, mucho; pero hay que hacer más. Hay que intensificar la construcción de troneras, hay que intensificar la construcción de refugios, el arreglo de parapetos para poder batir con la máxima eficacia y menor exposición de nuestras vidas el terreno enemigo; tengamos siempre limpias las trincheras, y si añadimos a esto una vigilancia continua e inteligente, habremos cumplido con nuestro deber de soldados del Ejército popular.

Hay que ir por la victoria y ganarla con todos los sacrificios.

LAGUNILLA
Delegado de la 2.ª Compañía

Todos unidos a las órdenes del Gobierno.

Nuestros héroes



Lucio Rodríguez

Ya has caído. Había de ser así. Comenzaste tu tarea magnífica en la epopeya madrileña de los primeros días de la lucha y supiste seguirla sin una debilidad y sin un solo átomo de reserva. Has caído como caen nuestros mejores luchadores, nuestros mejores camaradas. Para nosotros, que te conocíamos a fondo, ha sido una pena verte muerto; pero un orgullo verte muerto sentado en el sillón de la máquina que servías. Supiste ser el jefe que dirige, pero no titubeaste, al ver una máquina sola, sentarte a su lado y darla calor con tu aliento y movimiento con tus manos. Así son los jefes del Ejército del pueblo, que no olvidan que son soldados salidos de ese mismo pueblo.

Nosotros sabremos vengarte con el mismo coraje que tú supiste vengar a los que antes que tú habían caído.

SALUD.



Con sangre se escribe la historia

Cuántas víctimas inmoladas, cuántas vidas jóvenes rinden su tributo en holocausto de la Libertad, con la sonrisa en los labios, y lo que es más, que ya inertes y fríos los cadáveres, aún se lee en su semblante, de mirada enérgica y rostros de fuego, el orgullo de morir, de morir luchando, para que los hombres de su temple sigamos su ejemplo y no vacilemos en dar nuestra preciosa vida como ellos, con el mismo pensamiento que ellos, que aunque caen para no levantarse más, pero saben que no mueren.

Igual que estos camaradas que ofrendaron su vida en esta LUCHA heroica han luchado todo un Batallón, que, aunque no han caído, pero no son menos héroes.

¡Camaradas del 163 Batallón! Esta sangre derramada es nuestra sangre; su venganza corre de nuestra cuenta, y hoy, vísperas de nuevos combates, se nos presentarán ocasiones de ser dignos de nuestros muertos, que dieron sus vidas honrando las páginas de nuestra historia.

José GARCIA FONSECA

La lucha heroica del pueblo español en defensa de sus libertades, es la lucha por la paz y el bienestar de los pueblos

AL MES JUSTO

Soldados del 163 Batallón, que el día 6 de junio último os ofrecisteis al Gobierno de la República para vengar la muerte de nuestros hermanos y camaradas caídos bajo las balas enemigas. Al mes justo de aquella manifestación de adhesión a nuestro Gobierno, todos hemos sabido cumplir con nuestra promesa. ¡No se podía esperar más de los soldados, clases y oficiales que componen el citado 163 Batallón!

Desde meses atrás no se oía, tanto en unos como en otros, más conversación que la que manifestaban sus enormes deseos de atacar. Y, así, el día 6 de julio tuvimos la oportunidad de satisfacer nuestro apetito ambicioso de vencer y de cumplir nuestra promesa y nuestro deber; deber que en todo momento estamos dispuestos a corroborar todos los componentes del citado Batallón.

Yo, ese día heroico, cuando se aproximaba la hora para iniciar la ofensiva y asaltar las trincheras enemigas, me hallaba profundamente emocionado entre todos vosotros, y mi emoción llegó a su límite cuando se oyó la orden de «al ataque» y observar que no hubo un solo camarada que vacilara ni pusiera obstáculo alguno para el ataque. Por el contrario, yo os vi con una satisfacción y deseo tan grandes, que éstos fueron los que me llevaron en aquellos momentos a la fase culminante de mi emoción.

Por estos actos de heroísmo en el campo de batalla, unidos a vuestro irreprochable comportamiento, os felicito a todos, y espero que nuestras próximas actuaciones se lleven a efecto con el mismo espíritu combativo que el pasado día 6, y lo mismo que prometimos hace un mes, al entregarnos la bandera, símbolo de libertad y de justicia, vengar a los que habían caído en la lucha, debemos prometer ahora a todos los buenos camaradas que ese día perdimos, entre los que, por cierto, se halla el heroico capitán Lucio Rodríguez Barroso, que con tanto acierto llevaba a su cargo la Compañía de Ametralladoras de este Batallón, y que cuando estalló el movimiento, ahora hace un año, fué de los primeros en presentarse para organizar fuerzas para combatir la insurrección y ponerse a las órdenes de un partido, por creer su colaboración más necesaria en las Milicias republicanas que en el Cuerpo de Asalto, al cual pertenecía. Este capitán supo morir en el sillón de la ametralladora, como mueren los hombres que luchan por las libertades del pueblo trabajador.

Pensemos en todo esto y no vacilemos un momento ante nada. Sí; pensemos en cumplir con nuestro deber de antifascistas, vengando a nuestros hermanos caídos en la lucha por la libertad y la independencia de España.

No espero más de vosotros, sino que sigáis cumpliendo como hasta ahora con todas las órdenes que os den vuestros superiores, tanto si se refieren a la iniciación y desarrollo de un ataque como si han de cumplimentarse en la retaguardia. Así hallaréis en mí un padre que velará por vosotros en los momentos difíciles de la lucha y os dirigirá, no lo dudéis, por el ansiado camino de la victoria.

¡Viva la República!

¡Viva el 163 Batallón!

VUESTRO COMANDANTE

A LOS CAMPOS DE BATALLA

Soneto

Campos de soledad, mustio collado,
fué en un tiempo campiña florecida;
paisaje hosco el del campo que nos mira,
y un sol abrasador que dá de plano.

Quizá en un tiempo hubo flores en el campo
y pájaros formando su familia
que buscaban alegres su comida
en los campos agrestes del poblado.

* Pero hoy todo es dolor, todo es miseria.
La tierra abierta, a causa de los picos,
en una horrible y grande serpentina
y arrastrados, tirados por el suelo,
"prefiriendo la muerte por la vida",
los soldados ¡Ejército del Pueblo!

El corresponsal del 163 Batallón



Imitemos el ejemplo de nuestros gloriosos aviadores

Los tenientes Castejón y Matéu han añadido una nueva gesta a las muchas escritas por nuestros «alas rojas».

Son nuestros aviadores soldados salidos de entre nosotros mismos, campesinos y obreros de la ciudad, que, encontrando un ambiente reducido para su heroísmo en la tierra, se hicieron aviadores para luchar más intensamente en el aire.

Y ahí los tenemos, soldados de la trinchera, volando en plena noche para abatir las alas negras del fascismo y a los invasores alemanes de nuestro suelo.

Ellos que tan heroicamente luchan, quieren también que nosotros no flaqueemos; cuando se nos marque un objetivo, vayamos por él sin titubear, sin mirar para atrás, y los cojamos igual que ellos cogen los aviones en el aire. Nosotros caeremos, como ellos caen algunas veces; pero así como ellos tiran cinco aviones y más por uno que pierden, nosotros, por cada soldado que caemos, matamos diez del enemigo.

Salud, aviadores; vosotros por el aire, nosotros por la tierra, llegaremos hasta el final, y allí clavaremos la bandera de nuestras libertades.

DESEOS DE LUCHAR

El 18 de julio de 1936, decenas de hombres desorganizados y sin más mandos y dirección que la que les dictaba su propia voluntad, hicieron frente a miles de soldados que formaban parte de un Ejército organizado, con una disciplina sin razón, con una disciplina de bestia, pero disciplina al fin; ciudadanos de un pueblo que no quería ser esclavo, que no sabían hasta ese día lo que era un fusil. Con un cañón que apenas disparaba tomaron al asalto el célebre y trágico Cuartel de la Montaña, donde estaba la base y la dirección del ejército que no quiso hacer caso de su promesa de lealtad a la República, y que con un cobarde golpe de mano quiso manchar con sus botas sangrientas nuestro limpio suelo.

Una vez sofocado su intento y dado su merecido a los traidores, estos heroicos ciudadanos, despreciando la vida y comprendiendo que peligraba su libertad, se lanzaron a la Sierra, donde se habían concentrado las fuerzas invasoras que intentaban entrar en nuestra ciudad por ese lado; pero estos ciudadanos, a pesar de carecer de las más esenciales armas, les contuvieron durante diez meses. Una vez visto su fracaso, los «traidores» pidieron ayuda a los Estados fascistas, Estados de la rapiña, que, cegados por nuestras riquezas, no vacilaron en mandar sus ejércitos, en prestar su ayuda material y moral a los sublevados. Estos, ayudados por los ejércitos extranjeros, consiguieron llegar hasta las puertas de Madrid.

Después de dejar los campos y las carreteras plagadas de cadáveres, creyeron que su entrada en Madrid iba a ser tan rápida como su llegada, pero se encontraron con una sorpresa; de la noche a la mañana aparecieron en Madrid filas interminables de hombres que marchaban marcialmente, que iban equipados magníficamente; dotados de toda clase de armamentos, marchaban escoltados por escuadrillas de modernísimos y potentes aparatos de caza y bombardeo; las calles crujieron al sentir sobre ellas filas de imponentes tanques, que asombraban a los pacíficos ciudadanos que nunca habían visto tal algarabía de hombres y máquinas guerreras. Era el Ejército popular, el glorioso Ejército del pueblo; en pocos días las voluntades inquebrantables de unos cuantos hombres habían formado de unas Milicias desorganizadas un potente Ejército con cuadros de mando conscientes de un deber, de una obligación impuesta por ellos, defensa de la República y acatamiento de su Gobierno. Obligación principal de todo combatiente: obedecer a su Gobierno.

RAMÓN UTRERA

MEJORANDO NUESTRA LUCHA

Velemos por el material de Transmisiones

Cuando el 18 de julio todos los antifascistas nos lanzamos a la calle para sofocar el criminal movimiento fascista, todos lo hacíamos con el solo afán de conseguir la Independencia de España y evitar ser esclavos del fascismo internacional. Pero la lucha se presentó cruenta por la gran ayuda que ellos recibían del extranjero. Pasaron tres meses de heroica resistencia, pero todo no consistía en resistir. Había que atacar, y para ello era necesario que las llamadas Milicias populares pasaran a formar el potente Ejército con que hoy contamos. Este potente y disciplinado Ejército tiene también unos jefes que saben conducirnos por el camino de la victoria. Tenemos valientes marineros e intrépidos aviadores, nacidos todos de la España honrada y trabajadora que sabe luchar por sus libertades.

También cuenta, además de otras muchas especialidades, con un disciplinado Cuerpo de Transmisiones, que tiene por objeto la más rápida y ordenada comunicación entre el alto Mando, puestos de observación, avanzadillas, etc.

Las Transmisiones son tan necesarias en el Ejército moderno que, sin ellas, las operaciones no tendrían la eficacia debida. Por lo tanto, camaradas que lucháis en las trincheras, tratar las redes telefónicas como si fueran vuestros propios fusiles, pues un cable que parece olvidado en el suelo tiene, como todos, su misión que cumplir, y de él depende que tú recibas las órdenes con la debida rapidez y exactitud.

¡Viva el Ejército del pueblo!
¡Viva nuestra independencia!

FÉLIX PANADERO

CONSEJOS TECNICOS AL COMBATIENTE

La Infantería y los Carros de combate

1.º Cuando se lleve a cabo un avance en el cual intervienen tanques, la infantería debe acompañar a éstos en forma de fracciones; esto es, deben ir bien desplegados

2.º La infantería no debe agruparse en masa alrededor del tanque, sino colocada de manera que éste se desenvuelva con mayor facilidad y pueda trabajar de una manera práctica, que le facilite castigar duramente las posiciones del enemigo.

3.º La infantería debe tener como base primordial el sumo cuidado de no abandonar jamás un carro de combate, puesto que si el enemigo se queda con él, nos quedamos sin un arma menos, y, por el contrario, ese arma, al pasar a poder del enemigo, se vuelve contra nuestras mismas filas.

4.º Jamás se debe dejar perder un tanque; el Gobierno del Frente Popular, a costa de muchos sacrificios, obtiene estas preciosas armas para nosotros, que se nos ponen en nuestras manos para echar al invasor de nuestra Patria; por lo tanto, si las perdemos, no somos dignos de nuestro Gobierno ni de la causa que defendemos.

5.º Si un tanque vuelve a su base, no es por cobardía del que lo dirige, sino que esta arma es necesario que a cada momento se limpie para su mejor trabajo; por lo tanto, la misión de la infantería es seguir hasta conseguir ocupar las posiciones enemigas, ya que anteriormente el tanque ha destruido los nidos de las armas automáticas y desbaratado las fortificaciones del enemigo, que anteriormente quedaron mal paradas por la preparación artillera.

6.º No se debe volver a dar el caso de que, para lanzarse a una ofensiva, se dé lugar a que los tanques, una vez cumplida su misión, tengan que volver otra vez al campo de operaciones, porque supone un desgaste enorme de material, y debemos tener en cuenta que un arma de esta clase es sagrada para nosotros, puesto que de ellas no solamente depende la destrucción de las defensas del enemigo, sino también la vida de muchos de nuestros camaradas.

Lo que dice "IDEAS Y ARMAS" a los soldados

Camaradas soldados: ¿Por qué tenéis en estado tal vuestras trincheras? Yo no puedo consentir esto. Veo tierra en los fusiles, están enmohecidos, muy sucios y muy tristes. ¿Cuál es el motivo de su tristeza? Yo comprendo el por qué no están sanos. Porque comprenden que por ese camino no serán lo valientes que ellos quieren, pues en lugar de ser un órgano defensor de su camarada, comprenden que van a ser los que van a ayudar a matarles.

Camaradas soldados: Cuidad vuestro fusil, que es cuidar vuestra propia vida.

Las trincheras las veo llenas de papeles, tierra alborotada, basura y objetos que impiden el paso. Esto tampoco puedo consentirlo, pues me da un olor malsano y no parece que respire en trinchera, sino que me figuro estar en un basurero. ¿Y estos correajes llenos de tierra mezclada con municiones? ¿Comprendéis que esto está bien? No puedo tolearlo, y quiero daros un consejo:

En lugar de marcharos fuera de la trinchera, algunos escapados, otros aún sin marcharse, no queriendo trabajar y tendiéndolos a la bartola, debéis limpiar todos los órganos de vuestra defensa, cuidar el estudiar bien su manejo y modo de ser hasta compenetraros de uno con el otro de manera que seáis inseparables y no sepáis vivir separados. Sólo así estaré orgulloso de ser el que lleve vuestra voz a todas partes y componga parte de vuestra familia. En resumen, así estaré contento de ser vuestro hermano.

Yo quiero ser un combatiente como vosotros, pero mi arma es la crítica y con mis palabras os diré siempre quién y cuándo merecéis mis elogios, como también sabré censuraros cuando no sepáis cumplir con vuestro deber.

Quiero haceros saber, soldados del glorioso Ejército popular, que de todos nosotros depende la victoria.

Salud.

JOSÉ GARCIA FONSECA

Este número ha sido visado por la censura